

2

46
61

por acción o por omisión, estamos obligados a servir. La responsabilidad de la crónica no es de los cronistas más que pueda serlo de cada uno de nosotros. El cronista no es sino el hombre a quien le ha tocado servir en esa parcela del interés moderno, como a otros nos toca la misión (en el fondo más libre de censuras), de ser abogados, colonos o comerciantes. No hay simplismo más barato ni miopía más condenable que la de juzgar a los hombres por el trabajo que desempeñan, cuando este trabajo figura entre las dispensaciones lícitas establecidas. ¿Quién no es el esclavo de alguna de estas funciones, y qué función de éstas no tiene su tejado de cristal?

Lo que hay que preguntarse, pues, es por qué la sociedad, como está organizada en un momento y en un lugar dado, origina estas cosas ligeramente—y a veces profundamente—aviesas que son la crónica social, una oficina de abogado o de colono, una oficina anunciadora comercial... El hecho de que nos rebelamos contra estas instituciones, por el mal que nos hacen, no comporta en modo alguno una censura para aquellos a quienes la coacción económica, que es la ley de nuestro mundo capitalista, ha obligado a servirlos. En los succulentos artículos que, bajo el título "Confesiones de un Anunciador", he traducido y publicado en los últimos días, se habrá visto esa dramática duplicidad que impone a los hombres el mundo de hoy. Un poeta tiene que vivir esclavo de la prosa comercial. Un radical, tiene que servir a los menesteres de la propaganda, necesaria para estimular la demanda en gran escala que a su vez exige la producción en masa... Nadie se sustrae a esta servidumbre organizada de la sociedad competitiva. El que más libre se supone, el que cree que está llenando una función social muy digna y solemne, en el fondo es tan esclavo como todos los demás de aquel "poderoso caballero", que ya ponderó Quevedo, en una época en que no era, ni con mucho, todo lo poderoso que es hoy día.

Pero claro es que conviene ir examinando, cada vez que las ocasiones se presenten, las causas y las formas individuales de nuestra esclavitud. Claro es también que algunas de éstas suponen una esclavitud más inmediata que las demás, y tienden a fomentar las otras. Tal es la esclavitud colectiva de la crónica.

Acaso estemos ya lo suficientemente distantes—periodísticamente hablando, que no sentimentalmente,—de la muerte del buen "Fonta", para intentar con alguna independencia el examen de las razones sociales de la Crónica como institución hipertrofiada en Cuba. Y para ver qué saldo de estimación nos queda cuando le hayamos apuntado el Haber y el Debe a esas columnas desmedidas.

GLOSAS

Crónica "Exclusiva"

Por JORGE MAÑACH

¿A qué se debe que la crónica social, bajo el ministerio de Fontanills, llegara a alcanzar entre nosotros la desmesurada importancia de que disfrutaba?

Observamos ya que no ha podido tratarse de una mera imposición periodística. Aquí, como en casi todas partes, los periódicos son, inexorablemente, negocios. A veces son algo más. A veces, tienen su alma en su almarío y procuran ser también empresas de cultura. Pero nunca, como es lógico, a espaldas de la despensa. De modo que un periódico no se impone generalmente una misión—en esta época competitiva que há estado viviendo el mundo—a menos que la misión sea muy del gusto del público y se traduzca en positivos rendimientos. Las dimensiones de la crónica tienen, pues, como principal razón de ser, una demanda social.

Digo como razón "principal" porque, en efecto, el público no es enteramente responsable de la totalidad de ese tamaño cróniquil. Los que estamos en algunos secretos del oficio, sabemos que la crónica no vale sólo por sí misma: vale también por la importancia que comunica al espacio circundante. Se produce aquí, en el terreno periodístico, un curioso fenómeno de pequeña economía, exactamente análogo al que se produce en el valor de las tierras cuando las atraviesa una carretera o una línea de ferrocarril. La crónica es ese camino real de los periódicos por donde transita de preferencia la atención del público. Y como es natural, las orillas de ese camino se cuajan de vallas anunciadoras... Las columnas vecinas a la crónica, tienen en los diarios una cotización privilegiada, como que sobre ellas se refleja buena parte del prestigio social que la crónica condensa, proclama y administra. Siendo esto así, se comprende que los periódicos tengan un natural interés en que la crónica se explaye lo más posible, y sin duda, en esa circunstancia hay que ver, a posteriori, una de las razones secundarias por las cuales el antiguo caminito vecinal que era la reseña de salones en los tiempos de Maricastaña, se haya convertido en esta carretera central que ensarta hoy casi todas las planas. El interior del periódico, como el interior en el país, se han avalorado con esa gran obra de ingeniería. Avalorado, que no quiere decir beneficiado...

Pero claro que esta observación, con ser de cuenta, no es sino un dato más que confirma el sesgo de nuestra averiguación. Si ciertos comerciantes prefieren para anunciarse la vecindad de la crónica, es porque también ellos le reconocen una especial soberanía sobre la atención pública. El hecho a aclarar sigue siendo el mismo: a qué se debe que la crónica ejerza tal soberanía.

Evidentemente, se debe a causas de psicología social, y a causas peculiares de Cuba, puesto que en ninguna otra parte han prosperado tanto esas columnas ceñidas de guirnalda. Una comparación del tipo de crónica que en otros países existe con el de la que medra entre nosotros, nos facilitaría el darnos cuenta de las peculiares razones de psicología social que han operado en nuestro caso.

Como es natural, yo nunca he leído atentamente las crónicas sociales en los países extranjeros en que he vivido; entre otras razones porque nunca tuve esperanza alguna de verme mencionado en ellas. Pero indeliberadamente pude advertir que en España, en Francia, en los Estados Unidos, las crónicas sociales tenían siempre un carácter que se define mejor con un adjetivo muy predilecto para el caso entre los ingleses y los americanos: exclusivo. Cuando los sajones quieren decir que algo—un lugar público, una porción social—es de veras distinguido emplear esa palabra: exclusive; esto es, que excluye. Así, la información social en los Estados Unidos es implacablemente "exclusive": deja de lado todo lo que no sea pura crema. Y, como es sabido, la crema en los Estados Unidos está hecha principalmente a base de dólares, con algún espolvoreo de gentilicios rancios, ingleses u holandeses, para darle sabor.

En Francia y en España, el criterio central de la crónica es el mismo, la exclusión, aun cuando ésta se rija por valoraciones más estrictamente sociales. En "Le Figaro" y en "A. B. C."—para citar sólo dos diarios preocupados de la salonia—, las reseñas tienen un sobrio viso aristocrático. Allí, como en los mismos salones, no entra todo el que quiere, sino todo el que tiene un derecho de casta. A lo sumo se permite ocasionalmente el ingreso a título de personaje pintoresco. Pero Monsieur de Fouquieres cuidará de que el mismísimo rajah de Kapourtala, con todo y su sangre esmeraldina, no se instale excesivamente en el sagrado predio de las lises francesas. Por lo que a España se refiere, no sé cuánto habrán cambiado las cosas en los últimos tiempos. A juzgar por esa abominable comedia de salones—"No quiero... no quiero",—con que nos han afligido Benavente y los señores Guerrero-Mendoza, la aristocracia española se ha venido aguando mucho. Ya no tiene nada de aquella dimensión interior, de aquella nobleza y elegancia esenciales que hasta su gran enemigo Galdós le reconocía a fines del siglo pasado. Por lo visto, se ha convertido en una aristocracia "pepilla"—señal de los tiempos. Pero en el antaño que yo puedo recordar, que no es muy viejo, tampoco las crónicas madrileñas se franqueaban sino a la gente de muy genuino abolengo y bien parecer.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

4

En resumen: la crónica en esos países europeos de aristocracia histórica, ha sido excluyente, selectiva. Por tanto, ha solido contener muy pocos nombres. Por tanto, también, se ha inclinado generalmente a la sobriedad y a la ponderación de sucesos sociales más que individuales, sin la pretensión de ejercer una dispensación de cualidades o prestigios. La aristocracia valía por sí, ante un criterio establecido. El cronista no se creía en el caso de celebrar demasiado lo que era a todas luces tan refulgente; no se sentía quién—modesto hombre de pluma que era,— para apadrinar lo ya señorial, ni creía pertinente que su crónica extremara la nota individual, incluyendo los sucesos más íntimos y domésticos. El hogar aristocrático era un mito que convenía mantener rodeado de cierto misterio.

Por todas estas razones, la crónica, en los países mentados, ha sido de una brevedad y una sobriedad dignísimas. Ha tenido un sentido, no de servicio informativo, sino de homenaje ritual a una aristocracia de raíces, a quien los mismos franceses,—con todo y su "Democracia"—han admirado siempre profundamente. Al lector corriente y moliente, la crónica no se le imponía desde las columnas del periódico. Desdeñaba la fácil eminencia de la letra de molde y se recataba brevemente en una esquina de plana, con cierta digna esquivez.

Eso ha sido—y aún es, en líneas generales,—la crónica social en los países de aristocracia histórica. Otro día veremos lo que ha sido entre nosotros y por qué.

GLOSAS *Junio 9/32*

RANGO Y DINERO

Junio 9/32 — *Paris*
Por JORGE MAÑACH

VIMOS que la crónica social, en los países de aristocracia histórica, ha sido objeto de tipo excluyente, y por ende, muy sobria y recatada. En Cuba ha sucedido todo lo contrario: la crónica ha sido enfática, pormenorizada, caudalosa. En una palabra: de tipo muy inclusivo.

Nótese que no estoy intentando todavía un juicio de valor. Lo que quisiera es sólo definir, caracterizar. Este carácter de la crónica nuestra es tan evidente como su contrario lo es en las notas sociales de otros países. Pepín Rívero, sin mucha compunción ni atrición, nos ha confiado que, en el extranjero, las crónicas cubanas se comentan con cierta ironía, aludiéndose a nuestra gran zafra constante de adjetivos. Pero esto de los adjetivos no es sino una parte del cuento. Lo importante de nuestras reseñas de sociedad es, sobre todo, su abundancia de nombres y de sucesos y la hospitalidad, nimiedad y extensión que por tanto alcanzan. Intentemos ya precisar la causa de esto.

Aunque suene un poco pedante, aventuraré que se trata de un fenómeno de inercia histórica. Desde luego, las causas genéricas no hay para qué subrayarlas. Al hombre le gusta que le conozcan y conocer él a los demás. Hay una razón biológica, de defensa de la especie. El hombre,— como observa Hobbes, sin que nadie le haya desmentido muy eficazmente hasta ahora—, es el lobo del hombre. (Naturalmente, van incluidas las damas). Lo primero que le interesa es conocer su medio natural, y los competidores que va a encontrar en él. Conocerlos es ya un principio de defensa, y ser conocido de ellos es un modo de congratularse en principio, porque se detesta siempre lo extraño. Todos los gestos primarios de sociabilidad tienen ese sentido de defensa del individuo y por consiguiente de la especie. Según dicen, el mismo ademán de tender la mano, que hoy

48
63
Paris - Junio 7/32



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA